

<https://doi.org/10.15446/mag.v38n2.115485>

CONVERTIRSE EN CYBORG: LA EXPERIENCIA DE ESCUCHAR A TRAVÉS DE LA MÁQUINA

DIANA MARTÍNEZ*

Escuela de Cine y Televisión, Facultad de Artes, Universidad
Nacional de Colombia, Bogotá, Colombia



*dicmartinezmu@unal.edu.co ORCID: <https://orcid.org/0000-001-6092-764X>

Ensayo audiovisual con curaduría: 8 de junio de 2023. Aprobado: 31 de agosto de 2023.

Cómo citar este artículo:

Martínez, Diana. 2024. "Convertirse en cyborg: la experiencia de escuchar a través de la máquina". Maguaré 38, 2: 193-199. DOI: <https://doi.org/10.15446/mag.v38n2.115485>

RESUMEN

Desde la exploración de la escucha, expongo las ideas que se encuentran detrás del proceso de creación del video ensayo *Convertirse en cyborg (Becoming Cyborg)*, una pieza audiovisual que expone el proceso de una mujer que perdió su oído a los 10 años y que después de 24 años adquiere el implante coclear y descubre la escucha cibernética. El proceso muestra los análisis, encuentros y desencuentros con el desarrollo del sentido de la escucha y descubre las posibilidades de la tecnología al fundirse con la máquina. Unas posibilidades que resignifican la discapacidad y un futuro posible desde la imaginación y el deseo.

Palabras clave: cyborg, deseo, escucha, máquina.

BECOMING A CYBORG: THE EXPERIENCE OF LISTENING THROUGH THE MACHINE

ABSTRACT

By exploring the sense of hearing, this essay presents the ideas underlying the creation of the video essay *Convertirse en Cyborg* (Becoming Cyborg). This audiovisual work details the journey of a woman who lost her hearing at age 10 and, after 24 years, receives a cochlear implant, discovering cybernetic hearing. The process reveals the analyses, encounters, and conflicts related to the evolution of auditory perception and examines the possibilities that arise when technology merges with the machine. These possibilities reframe disability and envision a possible future shaped by imagination and desire.

keywords: cyborg, desire, hearing, machine.

INTRODUCCIÓN

La forma en la que percibimos el mundo como seres humanos nos permite definir nuestra identidad que va cambiando y evolucionando a medida que experimentamos el mundo. Los sentidos nos permiten establecer la forma en la que interactuamos con otros seres, con los espacios, con la naturaleza, con las máquinas y con nosotros mismos. A medida que vamos creciendo, adquirimos experiencia de cómo sentimos nuestros alrededores, desarrollamos una sensibilidad para reconocer a los otros y, a la vez, aprendemos cómo entender a través de los sentidos la vida misma. Este aprendizaje está también mediado por estructuras de poder establecidas por la sociedad.

Nuestra percepción del mundo termina siendo entonces una forma establecida de sentir que define nuestra posición en diferentes estructuras y contextos sociales, como la familia, los amigos, el trabajo, la comunidad, la ciudad y el país en el que vivimos. Estamos sujetos y predeterminados a una forma de sentir que condiciona nuestro comportamiento. Todas esas formas de interacción definen quiénes somos y nuestra identidad.

La percepción del mundo está directamente relacionada a la forma en la que “sonamos”, en la que escuchamos y en la que estamos en silencio. Sonamos porque estamos en constante movimiento y porque nos surge la necesidad de comunicarnos a través de la palabra hablada. Escuchamos porque necesitamos de los otros, de su presencia a través de la escucha y de ocupar un lugar a través del sonido de los espacios. Estamos en silencio porque se nos es impuesto callar o necesitamos del mutismo y de la quietud para entender y para contemplar nuestro alrededor.

Este escrito reflexiona acerca del sonido y del sentido de la escucha desde mi perspectiva cyborg como mujer que por 24 años careció de la escucha en el oído izquierdo y, sin embargo, decidió dedicar su vida al sonido haciendo diseño sonoro para cine, enseñando sonido en una escuela de cine y entendiendo la forma en la que “sonamos” y en la que escuchamos, para definirse a través de la escucha cibernética. En 2021 adquirí un implante coclear que es, en otras palabras, una máquina dentro de mi cráneo que está conectada al nervio auditivo y que recibe señales sonoras de unos micrófonos externos y que mi cerebro debe

interpretar como sonido. Debido a la falta de estímulo sonoro por 24 años, mi cerebro olvidó traducir el sonido y por lo tanto me encuentro en un proceso de aprender a escuchar. Este proceso me ha llevado a cuestionar la forma en la que aprendemos a percibir a través de la escucha y cómo esta revela nuestro relacionamiento con los otros y con nosotros mismos.

ENTENDIENDO LA DISCAPACIDAD O LA CAPACIDAD DIVERSA

Crecí con miedo de contarle al mundo acerca de mi condición; desde que perdí el oído a los 10 años en mi familia no se habló del tema, se convirtió en tabú. El silencio me enseñó a mentir, a esconder y a no aceptar quién era, mientras que la angustia de afrontar el no escuchar apropiadamente me martirizaba. Ser medio sorda es invisible a los ojos de los demás, lo cual me permitió nunca ser tratada como discapacitada, nunca nadie siquiera se planteó la posibilidad de que lo fuera. Al mismo tiempo, yo negaba mi condición porque aprendí que el declararse como alguien que percibía diferente estaba mal, era erróneo, y esto combinado con el hecho de ser mujer me iba a quitar toda posibilidad de ocupar un lugar en la sociedad. Tenía miedo de no ser nadie pero, a la vez, tenía miedo de ser yo.

Nosotros como seres humanos somos principalmente seres visuales, como Salome Voegelin (2013) afirma:

La visión, por su propia naturaleza, supone una distancia respecto del objeto, que recibe en su monumentalidad. El ver ocurre siempre en una metaposición, lejos de lo visto, por muy cercano que sea. Y esta distancia permite un desapego y una objetividad que se presenta como verdad. Ver para creer. (xi)

La visión nos obliga a tomar distancia de las cosas para poder ver y entender. La escucha funciona de manera opuesta, escuchar es estar inmersa, estar rodeada de sonido. El sonido son las vibraciones que tocan nuestro cuerpo, físicamente lo sentimos y siempre estamos en la mitad de un centro acústico. No obstante, yo siempre estuve de un lado, el sonido que sucedía a mi izquierda no me hablaba, no significaba nada para mí, era inexistente. Los oídos siempre están abiertos, carecemos de “párpados” para las orejas; mi oído izquierdo siempre estuvo apagado, tapado, eliminado.

Aprendemos acerca de la discapacidad por la errónea idea colectiva de la sociedad del no poder hacer, del no poder ser. Lennard Davis (1995) enuncia con respecto a las discapacidades que:

Así pues, la primera tarea que tenemos entre manos es comprender y teorizar el discurso sobre la discapacidad, ver que el objeto de los estudios sobre la discapacidad no es la persona que utiliza la silla de ruedas o la persona sorda, sino el conjunto de procesos sociales, históricos, económicos y culturales que regulan y controlan la forma en que pensamos acerca y a través del cuerpo. (28)

Solo hasta que obtuve el implante coclear, hasta que la máquina fue parte de mi cuerpo y de mi ser, descubrí que no escuchaba mal, entendí que escuchaba distinto. Aprecié el hecho de haber desarrollado una vida profesional como diseñadora sonora con solo un oído, pues obsesionarme con el sonido me permitió luchar por hacer lo que me podía satisfacer.

Con el implante coclear, mi condición se hizo visible y ha creado la necesidad en mí de portarlo como una posición política en lo que concierne a la vulnerabilidad y a la capacidad diversa. El implante coclear se puede convertir en un accesorio y un objeto estético que se puede involucrar como parte del cuerpo, apropiarse de la máquina, ser una con la máquina. El estándar del cuerpo normativo que responde a un modelo capitalista de consumo y que convierte a los cuerpos en objetos productivos se desvanece cuando nos damos cuenta de que las capacidades diversas fomentan otra forma de percibir y, por lo tanto, otras posibilidades de hacer y ser.

EL HOPEPUNK Y LA IMAGINACIÓN COMO APUESTAS A UNA ESCUCHA DIFERENTE

No recuerdo lo que es escuchar con dos oídos, por lo tanto, no sé qué es el escuchar según un cuerpo normativo y por ende no extraño escuchar “bien” porque simplemente nunca he estado ahí, en el centro acústico. La ignorancia en este caso jugó a mi favor. Me enteré de que escuchaba diferente solo hasta que un médico me lo dijo porque nunca me di cuenta cuando niña de que era distinta, pensé que todas las personas tenían que girar la cabeza para escuchar lo que querían oír, nunca entendí por qué la gente sabía de dónde venían los sonidos y pensé que el silencio era un tono agudo constante.

Solo hasta que me enteré de que era diferente el miedo me invadió y fue parte de mí. No obstante, la necesidad de dedicarme al sonido me llevó a explorar mecanismos de escucha paralelos que pudieran prescindir del propio acto de escuchar. Me di cuenta de que monitorear el sonido a través de la visión con herramientas digitales que “dibujan” el sonido me era suficiente para entender más precisamente mis creaciones sonoras.

Otra de las consecuencias que trajo la pérdida de mi oído fue el tinnitus, un tono agudo constante que uno escucha pero que realmente no existe.

En mi quehacer como diseñadora de sonido, recurrí a la imaginación para crear sonido. Hay muchos parámetros sonoros que nunca he experimentado al carecer de un oído, pero al mismo tiempo entiendo conceptualmente cómo funciona el oído y el sonido. Ahora cuento con un oído cyborg que funciona totalmente diferente. La mitad de la esfera acústica que me rodea está compuesta por una escucha normativa, la otra mitad está compuesta por una escucha cibernética que cambia con el tiempo y que, para explicarlo en términos más simples, se escucha como un robot cantándome al oído constantemente. Mi escucha está permeada por tonos digitales que aún no logro descifrar, me encuentro en proceso de aprender a comunicarme y adaptarme a la máquina.

Descubrí con la máquina que hay sonidos a mi lado izquierdo, reconozco lo que sucede, escucho el movimiento pero no puedo darle un significado preciso. Esto se convirtió en una oportunidad de resignificar la escucha, puedo aprender a escuchar de una forma más empática, reconocer y aprender los sonidos de forma diferente y quizás habitar y relacionarme de otras maneras.

Descubrí y he venido trabajando el término del *hopepunk* que propone la vulnerabilidad radical como mecanismo para cambiar la realidad y desarrollar la coexistencia con otros: lo natural, lo orgánico, la capacidad diversa, lo no-normativo, lo que está por fuera de la regla, lo artificial y las máquinas que cohabitan el mundo. Entendí que llevaba creando posibles mundos sonoros desde la imaginación. No sé cómo es escuchar con dos oídos, pero lo puedo intuir e idear. Me imagino los sonidos que componen las películas que hago. Fantaseo con espacios sonoros que creo a través de mi conocimiento acústico y sonoro, desde una empatía sociocultural que desemboca en una búsqueda colectiva de narrativas, experiencias e historias que el cine busca como opciones

de posibles mundos más justos, donde todos tengamos una agencia y un lugar que ocupar.

CONCLUSIÓN

Convertirme en cyborg me ha hecho más humana, me ha permitido aceptarme como soy, aceptar otras formas de relacionarme, otra forma de existir y cohabitar el mundo. Vivimos en tiempos en los que la empatía y el reconocer a otros seres, reconocer los espacios, apropiarnos de un lugar, fundirnos con las máquinas y cohabitar el mundo es totalmente necesario para sobrevivir, para cuidarnos nosotros mismos, cuidar los recursos, cuidar al otro quien a la vez es parte de nosotros.

Ser cyborg me permitió hablar acerca de mi condición, me permitió acabar con el tabú y reconciliarme con el silencio que tanto dolor me causó en un momento. Ser cyborg me expuso las posibilidades sonoras para seguir creando mundos sonoros como una posibilidad de cambiar la realidad y pensar en mundos posibles mejores.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Davis, Lennard. 1995. *Enforcing Normalcy: Disability, Deafness, and the Body*. Nueva York: Verso.
- Voegelin, Salomé. 2013. *Listening to Noise and Silence: Towards a Philosophy of Sound Art*. Nueva York: Bloomsbury Publishing.

<https://doi.org/10.15446/mag.v38n2.115485>

ESPEJO-ECO-CYBORG

CAMILA ESGUERRA-MUELLE*

Departamento de Antropología, Facultad de Ciencias Humanas,
Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, Colombia



*cesguerram@unal.edu.co ORCID: <https://orcid.org/0000-002-6600-0324>

Ensayo audiovisual con curaduría: 7 de septiembre de 2023. Aprobado: 15 de noviembre de 2023.

Cómo citar este artículo:

Esguerra-Muelle, Camila. 2024. "Espejo-Eco-Cyborg".

Maguaré 38, 2: 201-219. DOI: <https://doi.org/10.15446/mag.v38n2.115485>

La imagería cyborg [...] No es sólo que la ciencia y la tecnología son medios posibles para una gran satisfacción humana, así como una matriz de complejas dominaciones, sino que la imagería del cyborg puede sugerir una salida del laberinto de dualismos en el que hemos explicado nuestros cuerpos y nuestras herramientas a nosotras mismas. No se trata del sueño de un lenguaje común, sino de una poderosa e infiel heteroglosia. Es una imaginación de un hablar feminista en lenguas que llenen de miedo a los circuitos de los supersalvadores de la nueva derecha. Significa al mismo tiempo construir y destruir máquinas, identidades, categorías, relaciones, historias del espacio. A pesar de que los dos bailan juntos el baile en espiral, prefiero ser un cyborg que una diosa. (Donna Haraway [1985] 2019, 68)

En textos anteriores he afirmado que las gentes colonizadas de las américas ya habían desarrollado, como requisito indispensable para sobrevivir bajo dominación durante los últimos trescientos años, las habilidades cyborg necesarias para sobrevivir bajo estas condiciones tecno-humanas. Sin embargo, no deja de resultar significativo que los teóricos de la globalización se comprometan ahora con la introducción de una política “cyborg” opositiva como si esta política hubiera emergido únicamente con el advenimiento de la tecnología electrónica. (Chela Sandoval [1995] 2004, 82-83)

Figura 1. Captura de pantalla aplicación Tonelink, Widex



Fuente: Teléfono personal Camila Esguerra-Muelle, 28 de noviembre de 2023. Archivo personal.


Me dispongo, expectante, a escuchar la historia de Diana Carolina Martínez Muñoz “Kin autómata” titulada “Converstirse en Cyborg” (https://drive.google.com/file/d/1ZDW8tQsBAohUS7D7ED4tqz_W9mgKfDeN/view) que me ha sugerido Marta Zambrano. Gradúo mis audífonos, a través de la *app* Tonelink: escucha atrás, programa “música” —creo que es una superchería, solo es porque creo que en modo música todo se escucha mejor—, volumen al máximo.

AGRIETADA Y FUGADA

Muchas veces, ante auditorios distintos, me he presentado como cyborg, para explicar la protésica auricular que complementa mi hipoacusia neurosensorial bilateral moderada, y también para introducir el ruego a la gente de que use un micrófono para hacer preguntas o comentarios en las conferencias; también me llamo cyborg para anteponer mi identificación como hipoacúsicx a otras identidades más espectaculares, como marica o lesbiana, y así eludir la aburrida asignación de identidades sexuales heterodesignadas por y desde el binario heterosexual/homosexual; para recordar que mi deseo no se restringe a un asunto de género y mi género a un asunto de genitales y órganos reproductivos, y yo todx a mi sexualidad, como si fuera lo único que soy por no cumplir el mandato heterosexual y cisgenderista. Yo, una metonimia.

Recuerdo algunas risas de empatía y sorpresa cuando me presenté como cyborg en una conferencia sobre *cosas queer* en Quito, en 2013; para mí era un asunto serio, pero no por ello menos humorístico. Decirme cyborg era saberme hipoacúsicx con audífonos. También recuerdo el desconcierto de un auditorio –como dicen– “LGBTI”, al responder a la pregunta por mi identidad: soy hipoacúsicx, dije, sin poder pronunciar muy bien la x final. Es raro reemplazar una vocal por una consonante, pero para mí suena como *ie* o como *u*, pero esta tachadura alude a lo impronunciable y a una borradura del género.

Kin autómatas decide convertirse en un cyborg, a partir de un implante coclear. Creo que sobrevenimos en cyborg de distintas maneras y resultamos ser distintas generaciones y gamas de cyborgs. Yo soy un cyborg de gama baja, de baja tecnología. Devenir cyborg, para mí, no implicó el paso por un quirófano, en donde me convertiría en un híbrido humano-máquina; ser cyborg en mi caso tiene que ver con una conciencia sobre las políticas de la protésica, pero también del género, de la sexualidad, del capacitismo, de la clase, de la edad, de la raza y de la etnicidad. Tiene que ver con una experiencia, más que todo de carne y hueso, extensiones de polímeros, metales y tierras raras, encarnada en lo personal y en lo colectivo. Tiene que ver con una “metodología de los oprimidos”, con una “conciencia opositiva” (Sandoval [1985], 2004).

Comienzo a ver el video “Convertirse en cyborg”. Echo de menos los subtítulos en el video de Kin autómatas y busco el *closed caption* ; escucho también con mis ojos, con mis piernas que me ayudan a acer-

carne a pantallas y rostros que muchas veces no entienden mi cercanía. No hay subtítulos. “Silencio... No hay banda”, pienso en Rebekah del Río en *Mulholland Drive* de David Lynch. Me conecto en una línea cinematográfica con Carolina, la diseñadora de sonido para cine. Amante de las imágenes visuales, sonoras, olfativas, táctiles, gustativas.

Mi compañerx se ofrece de traductorx, poco a poco veo a lo largo del video cómo las palabras de Carolina-Cyborg –un cyborg atorado de vocablos y de signos– se aglutinan en un torrente estrepitoso de sonidos e imágenes que me causan fascinación, aunque tengo que pausar y retroceder para lograr captar algunas palabras. A medida que avanza el video, logro escuchar menos, así que debo pausar varias veces. Es una forma no oyente de oír. Primera experiencia con el video: acusmática, mi hipoacusia es una grieta en el muro, un intersticio, una frontera, recordando a Gloria Anzaldúa, la zurda bárbara, la torcida, la mestiza.

MÚSICA, SONIDO, SILENCIO, RUIDO

Como Diana-Carolina-Sonido, experimento la paradoja de oír menos, pero querer escuchar más; los sonidos son fundamentales en nuestra construcción de existencias cyborg: para ella, como diseñadora de sonido, para mí, como etnógrafa y como aficionada a la música. Creo que tengo un oído musical *particular* e, incluso, bien desarrollado, la música ha signado mi vida, rodeada de músicxs y melómanos, envuelta en música.

En particular, durante mi niñez escuchaba mucha música académica europea, llamada clásica, en la que insistían mi padre y mis dos madres: sí, las dos. Lucía, blanco-mestiza de ascendencia española y alemana, y Sabina, campesina, de ascendencia muisca y española, quienes me enseñaron a vivir en la frontera, a ser una *new mestiza* (Anzaldúa [1980] 1987), y este vivir en la frontera es una forma de ser cyborg.

De pequeña me asombraba y conmovía la historia de Beethoven, el músico sordo, contada por Petete, el pingüino argentino, que tenía un libro gordo. También escuchaba algo de música rusa, “La Internacional” y “Bella Ciao”, músicas que hacían parte del currículo musical doctrinario de mi padre, pero que me encantaban, me sobrecogían. Poco a poco se fue abriendo un espectro colosal: música infantil colombiana (“Trencito de mi valle”, “Ahí va la serpiente”, “Soy un robot muy inteligente”), música andina colombiana y latinoamericana, Los Chalchaleros para despertar; joropo llanero (me erizaba las escamas), música del Pacífico

colombiano, alabaos y arrullos, música murui y muinane (conservo el acetato), coplas españolas, boleros, tangos, nueva canción latinoamericana, Mercedes Sosa, trova cubana, obsesivamente Silvio Rodríguez, mucha salsa, La Fania y todas sus Stars, bossa nova, Caetano Veloso, Chico Buarque, Milton Do Nascimento, Gilberto Gil, Led Zeppelin, Pink Floyd y disco, obsesivamente “Up side down” de Diana Ross, “Da Ya Think I’m Sexy?” de Rod Stewart, Donna Summer, Tina Turner, Michael Jackson (solo su primera época), Jesucristo Super Star, Tomita, las bandas sonoras de Fellini, de Saura, de Zorba, el griego, de Cría cuervos, de Flashdance, de Fame, The Wall, Piazzolla: grietas que mis madres, mi hermana, mi hermano, la televisión y el cine abrían para mí en la disciplina melómana europeísta de mi padre.

Mucha música del mundo entero, de la historia, de la “alta” y la “baja” cultura, casi toda amada, como amados son el crepitar de la lluvia que ya casi no oigo, o el canto de los pájaros, que a veces se me escapa, y el croar de las ranitas andinas, que escucho porque ellas son muchas.

Mientras mi compañerx, músicx, me traduce apartes del video que no logro entender, pausamos, me concentro, de vez en cuando se oye en la habitación un *feedback* de mis audífonos, ellx me llama “micrófono”, me da palmaditas en la frente y dice: –un, dos, tres, probando, sonido ssssssooonido...–. Soy un micrófono, amplifico lo que capto. Cuando trato de explicar cómo es que escucho, digo: –tengo el ecualizador graduado raro, distorsionado, oigo disonante, soy disonante “queering the pitch...” (Brett, Wood y Thomas, 2006), oigo distinto a ustedes y algunas palabras para mí, en particular las nuevas, son jeroglíficos para mí, mi cerebro se acostumbró a llenar los espacios en blanco.

Amo el paisaje de la urbe y me sobrecoge el paisaje de otros parajes menos mecánicos.

Amo todos los idiomas; gustosx me insertaría un microchip para poder hablar cien idiomas distintos, empezaría paladeando quechua, árabe, suajili, huitoto y euskera.

Y amo el silencio singular en el que vivo, “es mi palacio y mi guarida” –recordando a Réjean Ducharme–. Soy unx cyborg misofónicx.

POSHUMANIDAD/SUBHUMANIDAD

[...] si la conciencia cyborg ha de ser considerada como algo totalmente distinto a aquello que reproduce exactamente el orden

global dominante, entonces la conciencia cyborg debe ser desarrollada a partir de una serie de tecnologías que reunidas componen la metodología de las oprimidas, una metodología que puede ofrecernos orientaciones para la supervivencia y resistencia bajo las condiciones culturales transnacionales del Primer Mundo. Esta conciencia “cyborg” opositiva ha sido también identificada mediante términos como conciencia “mestiza”, “subjetividades situadas”. (Chela Sandoval [1995] 2004, 83)

No nací mujer y nunca llegué a serlo, pero nací oyente y llegué a ser hipoacúsicx. Mi madre Lucía y todas las mujeres de la línea materna, de por lo menos dos generaciones atrás, fueron “medio sordas”; había mucho humor y valentía alrededor de eso y también desparpajo cachaco, en una época en dónde no existían ayudas auditivas o eran prohibitivas para una clase media trabajadora que vivía, sobre todo, de hacer y vender libros. Mi experiencia es distinta a la de Carolina, a la de Kin autómatas; para su familia ha sido doloroso hablar de su hipoacusia neurosensorial lateral grave, especialmente para su madre; en mi familia ser hipoacúsicx es parte de nuestra historia, en particular de las mujeres.

Seguramente por esto siempre he sido tan desvergonzadx o tal vez porque el mundo humano mismo me ha obligado a devolverle su vergüenza desde mi subhumanidad o ¿poshumanidad?; “marica”, medio sorda, “mujer” y a veces blanca, a veces sudaca, a veces mestiza: mestiza por ser hija de mis dos madres y por mi genealogía afro, la enorme mayoría de mis maestrxs que marcaron mi existencia han sido personas afrodescendientes de Colombia, Holanda y Surinam, ellas y ellos también me enseñaron sobre las *borderlands*. Mestizaje rizomático cyborg, la consanguinidad es una ficción, diría Bourdieu (1997), y a veces es una muy encantadora ficción. Tal vez también tenga algún parentesco cyborg con Diana-Niña-Olvido-Joven-Cancelada, protagonista de “Convertirse en Cyborg”.

Mi primer recuerdo, visual y sonoro, tiene que ver con mis oídos y mis dos madres. Estoy en una tina, mi mamá Sabina, campesina, descendiente de muiscas y españoles, me sostiene; debo ser un bebé pequeño, porque mi cuenca occipital está en el cuenco de su mano; veo que mi mamá Lucía, descendiente de alemanes y españoles, entra por la puerta del baño. Ellas hablan, pero sus voces se pierden porque

mis oídos se anublan por el oleaje en la bañera, mi cabeza se hunde a ratos, pero yo las siento, sus voces, con todos mis sentidos alerta, con mucha atención.

Como Carolina, también recuerdo un día, unos días, en que la hipoacusia se instaló en mi mundo. Mi hipoacusia se desencadenó por una noche de maltrato psicológico de una expareja..., año 2005, mi rabia, mi frustración y al otro día... el tinnitus: un día de terror.

Creo que ya debía estar en proceso mi pérdida –aprender el arte de perder, como dice Elizabeth Bishop–, pero ese fue un punto de inflexión: empecé a escuchar el sonido del fin de la programación de la televisión de los años ochenta y noventa en Colombia, un momento de pavor, cuando salen silbando los fantasmas de sus esquinas.

Averiguo por grupos de apoyo de tinnitus –recuerdo a Marla, contraheroína de El club de la pelea, más cinematografía para este encuentro de cyborgs–: nada en Colombia; busco de implantes cocleares: imposible, médica y financieramente.

Figura 2. Glitch TV



Fuente: Imagen creada en Canva por Ash Loaiza-Sosa a partir de elementos gráficos de uso libre, 30 de abril 2024.

Aún hoy, oigo día y noche un tinnitus agudo por ambos oídos, con algunas treguas; aunque contrario a lo que sucede a otras personas, ese sonido-ruido, me acompasa. Me gusta recordar que también se le llama acúfeno, es un nombre más... marítimo, a eso suena, es onomatopeya. Los sonidos son imágenes.

Luego, corresponde recordar la violencia de los médicos, la contención de las fonoaudiólogas y la incredulidad, por varios años, de algunos miembros de mi familia. Incredulidad y olvido, me reflejo en el video de Diana-Cineasta-Carolina-Ingeniera, espejo de obsidiana, de *Liquid Cristal Display*, me refracto en él, me distorsiono.

También debo abrir espacio para recordar el miedo en los exámenes médicos llamados “preocupacionales” para ingresar a plazas docentes: por eso de que generan preocupación, bromeaba conmigo mismx para darme ánimo. Miedo, miedo de que algún médico me considerara no aptx para ser profesorx. Para comprender la sensación, ver Mundo grúa de Pablo Trapero. Como Diana Carolina, también he sentido temor de ser descubierta, expuesta como incapaz en el espacio laboral.

Luego, mi insistencia en hacer de esta condición *crip*, pensando con McRuer ([2006] 2021), una oportunidad pedagógica: ser la otredad en el salón, la monstruosidad, lo tullido como pedagogía de corporalidades que no se ajustan a las normas coloniales de sexualidad y funcionalidad corpórea. Y, al tiempo, sentir el agotamiento y el dolor cotidiano del esfuerzo de escuchar el murmullo de estudiantes que se resisten a vocalizar.

He sido docente en distintas maestrías de distintas universidades colombianas y españolas; en la actualidad soy docente de Antropología de la Universidad Nacional de Colombia y de Estudios artísticos de la Universidad Distrital: como Diana-Profesora-Cyborg, colega de la misma universidad, también he encontrado un infinito tejido rizomático de posibilidades e interconexiones en estos espacios, un tejido vibrátil en el que incluso hay cortos circuitos, posibilidad de comprender y transformar mi lugar como marica, hipoacúsica, profesora, “mujer” en “el circuito integrado”.

Mi madre Lucía muere de esclerosis lateral amiotrófica y yo me vuelvo *workaholicx*, como Diana Carolina en algún momento, mientras la gente se echa valdes de agua helada en la cabeza, gran espectáculo¹. Mientras

1 https://www.youtube.com/watch?v=noPDQokqphU&ab_channel=laSextaNoticias

nos persiguen las deudas, mientras yo sigo con mis frustraciones auditivas y acústicas o, mejor, mientras las negocio con mi entorno oyente, muchas veces hostil, ¿qué no queremos escuchar?

Soy un cyborg no muy futurista, sin implantes, más bien costumbrista, me veo más como un viejo robot de juguete, como R2-D2 de la Guerra de las galaxias (más conocido por nosotros los sudacas como Arturito) que como un androide de alta gama.

Un robot con ropa de muñeco, un robot hecho con botones de eucalipto, alambre dulce y pepas de mirto. Soy la baja tecnología, otra estrategia, estrategia otra de oposición frente a la alta tecnología y a las altísimas tecnologías del género (De Lauretis 1996), de la raza, de la clase y de los implantes cocleares. Me aplico e intento estudiar las cinco tecnologías de Chela Sandoval, que buscan asegurar la supervivencia bajo las condiciones del Primer Mundo; articuladas, componen la “metodología de las oprimidas”, que posibilita la actuación de lo que Chela llama “la función diferencial del movimiento social positivo” (Sandoval [1995] 2004, 86).

CYBORG-INGENIERA DE SONIDO/CYBORG-ANTROPÓLOGA

Cuando era pequeña, luego de una conversación con mi padre Juan Fernando, él dijo conmovido: –Sabes escuchar muy bien. Se refería a que había escuchado su relato con atención y empatía. Lo había escuchado con cada fibra de mi cuerpo. Me dedico a escuchar a la gente, me han dicho que lo hago bien; me lo dicen las mujeres y gentes en general con quienes trabajo, me lo dicen mis fonoaudiólogas. Una de ellas, experta en el método Tomatis me decía: —es impresionante lo bien que escuchas a pesar de oír tan mal—. El método Tomatis consiste en escuchar música académica europea con modulaciones de frecuencia anormales, por fuera de la norma, me gusta la imagen. Me divertía mucho usar esos grandes audífonos. Eso hago, a pesar de no oír muy bien, me dedico a escuchar. Cuando estoy conversando o percibiendo en clave “etnográfica”, todo mi cuerpo se hace oreja, no concuerdo con Sterlac y la idea de obsolescencia del cuerpo humano, quien dice:

No tengo una utopía de un cuerpo perfecto, para el cual estoy diseñando un modelo, más bien estoy especulando sobre formas en que los individuos, aunque no se ven obligados a rediseñar sus cuerpos, pueden querer hacerlo, dado que el cuerpo se ha vuelto

profundamente obsoleto en el intenso entorno informativo que ha creado. [...] Un individuo ahora no puede aspirar a absorber y procesar creativamente toda esta información. Los humanos han creado tecnologías y máquinas que son mucho más precisas y poderosas que el cuerpo. (Traducción propia, Atzori y Woolford 1995)

Me pregunto si Sterlac es consciente de la cantidad de información que hay en una selva o en un barrio bogotano y cómo los cuerpos han estado permanentemente expuestos a una cantidad ingente de información desde siempre que ninguna capacidad perceptual, sensorial y analítica de ningún cuerpo es capaz de abarcar. Soy una oreja.

La primera vez que usé mis ayudas auditivas, recuerdo que me sentía aterradox, no escuchaba más que ruido, me sentía encerradox en un tarro. Ese día, luego de salir muy feliz del consultorio de mi fonoaudióloga Lucía, tenía una reunión con un grupo de investigación de la universidad: no entendía nada, empecé a sentirme muy angustiadx, solo tenía ganas de llorar.

Había acelerado la consecución de mis audífonos antes de viajar a Europa para hacer mi maestría y luego mi doctorado. Como Diana Carolina, también me fui del país, por un tiempo. En Europa me encontré no solo con otras palabras, otros acentos y otros idiomas, sino con las particulares condiciones acústicas de los viejos salones dedicados a temas “menores” como los estudios feministas y de género, cosa que se ve en todo el mundo. En Madrid y Oviedo al comienzo nadie me entendía, yo les entendía y los escuchaba más de lo que ellos a mí, mi acento y mis palabras sudacas a veces les aterraban, los desconcertaban. En Utrecht, no se comprendió nunca mi hipoacusia, solo se me veía como la sudaca (la única) que no hablaba bien inglés. Pero ellos no se percataban de que sus salones eran un solo eco, ecos escuchándose a sí mismos. La historia de viajes de Diana-Cyborg-Ingeniera la pueden seguir en su video.

IMAGINACIÓN RADICAL

Cuando era una niñx soñaba con poder cerrar y abrir mis oídos a voluntad, como si fueran compuertas, como si fueran ojos, pues creo que era hiperacúsicx y definitivamente misofónicx. Sueños infantiles de un cyborg que no quería oír ciertas cosas.

Mi fantasía se ha hecho realidad, con mis audífonos me conecto y me desconecto del mundo, puedo casi graduar el volumen del mundo a voluntad cuando no me gusta cómo suena, puedo casi cancelarlo; aunque eso tiene un precio, a veces me siento ahogada en la sordera, como cuando un río casi me lleva siendo niñx. Mi compañerx me sostiene la mano.

Siendo adolescente, soñé con tener mi propia sala de cine, para no escuchar el cuchicheo de la gente (ahora para no oír el cuchicheo ni ver las pantallas de los teléfonos encendidas), quería poder envolverme en ese útero de sonido e imágenes, en esa oscuridad sin pixeles, en ese centro acústico: Sueñan los cyborgs... Sueños paralelos, imaginaciones radicales análogas de dos cyborgs: Kin autómatx y yo... Yo robot, Asimov. “Soy un robot muy inteligente”, decía la canción que cantaba en el jardín infantil (aplausos), me asustaban mucho los aplausos. Mi mamá Sabina me enseñaba cómo no tener miedo de los aplausos, puedo seguir y seguir hasta perderme en las profundidades de la madriguera...

También soñé con ser músicx y luego cineasta. Terminé siendo cyborg, hipoacúsicx, antropólogx y docente. Imágenes en movimiento y sonidos me conectan con Kin autómatx, también la trayectoria pedagógica y la promesa de la imaginación radical: cómo imaginar mejores futuros posibles, cómo narrar mejores ficciones.

HOPEPUNK CONTRA EL CÓDIGO BINARIO. POR DIANA-
CYBERPROFESORA, LLEGO AL HOPEPUNK Y ELLA POR SUS
ESTUDIANTES

Figura 3. Imagen efecto matrix



Fuente: Imagen de uso libre. <https://es.pngtree.com/back/download?id=MTU5MzYxNQ==&type=1&time=722259850&token=OTdjOTYoODM4NjcoZjlyZGY3MDcyYTUoNDQzMTO=&t=o>

En esta búsqueda de una posición epistemológica y política, quisiera bosquejar un cuadro de posible unidad, sacado de los principios socialistas y feministas del diseño. El marco para mi bosquejo está fijado por la extensión y por la importancia de los reajustes en las relaciones sociales, a nivel mundial, con la ciencia y la tecnología. Me inclino por una política enraizada en demandas de cambios fundamentales en la naturaleza de la clase, la raza y el género, en un sistema emergente de un orden mundial análogo en su novedad y objetivos al creado por el capitalismo industrial. Vivimos un cambio desde una sociedad orgánica e industrial hacia un sistema polimorfo de información, desde el trabajo al juego, un juego mortal. (Donna Haraway [1985] 2019, 28)

Si la distopía ha ido en declive en los últimos años, habiendo perdido impulso con el paso de los años 2010, espero que el *hopepunk* esté en auge. El objetivo es pensar en la sociedad después de las calamidades, después de nosotros, después de la contaminación y los desastres de nuestras civilizaciones contemporáneas, imaginando un mundo que ha resultado bien, donde los humanos, en su calidad de especie, pudieron encontrar soluciones. (Traducción propia, Lescouët 2023, nd)

Así que el *hopepunk* es la fantasía que nos queda luego de los desastres logrados por Occidente –o por las empresas coloniales...–, también usaremos sus mejores creaciones, su buena herencia. Parte de la buena herencia que dejaron los invasores es este idioma que convertimos en el español de las Américas, del Abya Yala, de la Améfrica Ladina de Lelia González (Viveros 2020), este español advenedizo que rehúsa llamarse castellano. Soy una advenediza: “Hablo la lengua de los conquistadores, pero digo lo opuesto de lo que ellos dicen” (Peri Rossi 1994, 11).

VOY A ESCRIBIR UN POEMA *HOPEPUNK*

Año 1990, año 2000

Ha caído un muro y se construyeron diez más, cien más

El rumor sobre la bomba nuclear se apaga y crece el ruido de las redes,
se sobreentiende la metáfora de las futuras Washowsky sisters

El mundo colapsará por un dígito

Y hay una mujer luciérnaga que tendrá Esclerosis Lateral Amiotrófica
Hay un perro con displasia de cadera,
perro espíritu de colibrí-murciélago-dragón-conejo
Hay un perro lobo, un loberro que necesita una gran estepa
Otro, muy pequeño y sin ternura ¿cómo puede vivir si ternura?
Y los más suaves ya se fueron
Una gata andariega y abandonada que perdió su hígado,

Hay una princesa muisca con los pies torcidos
Hay un rorro prodigio al que le cortarán el corazón y las alas,
al caer, se le romperá una pierna
Hay un hombre-pájaro, un hombre-gallo, un hombre-flor
que quisiera ser un tren
Hay una sobreviviente, colombiana, de la guerra de Vietnam
Hay una tía delirante que olvida el nombre de las cosas
Hay un ángel herido, lleno de ternura, con el corazón quebrado,
a punto de enterrarse en una tumba de pantallas y de ser exiliado
Hay una niña rumana que perdió su cuerpo huyendo de un sacerdote
ortodoxo
Hay un hombre ahogado en su angustia, perdido en un calabozo
Hay una abuela desquiciada por el Alzheimer y otra olvidada
Hay un pequeño príncipe-guerrero al que le tajaron las alas de un
disparo
Hay alguien que comienza a oír cantos de sirenas, tiene un oído torcido
Hay un hada con huesos de cristal

Para todos ellxs,
en los abundantes años venideros
habrá otro orden, otro mundo
Un país posible

Habrà una máquina del tiempo,
Habrà un teletransportador
Habrà una libélula tornasolada que traerá las prótesis del caso,
serán gratis y para todxs
y las habrá
a acomodo de la imaginación, de la fantasía, de la ensoñación,

las trocarán alegremente,
para (des)armarse a su antojo

Y todxs tendrán una casa,
casas para cada unx, irrigadas por caminos intercomunicantes,
por cercanías vibrantes, titilantes como luciérnagas
Habrá, pues, un palacio y una guarida para cada quien,
y pan sobre la mesa

Su mundo es, será y fue un Pando,
un rizoma alegre y palpitante
Esto ocurrirá y ocurre ya.
Es algo sobre vivir...

Este poema ha sido dicho
–en todas las lenguas, que son, que fueron y que serán–
por un monigote zurdx y bárbarx,
que se autoimplantó un microchip marca *Pirgos tēs Babel*
Camila Esguerra-Muelle. (Bogotá, 5 de septiembre de 2023)

PARA TERMINAR, NO OLVIDEMOS LA ANTROPOLOGÍA,
NO OLVIDEMOS LA DISCIPLINA

Lo que acabo de hacer, de escribir, posiblemente llegue a llamarse antropología algún día o tal vez no. Podría llamarse etnografía, tal vez no. Cuando elaboré mi tesis de pregrado (Esguerra Muelle 2022), había cosas consideradas muy poco antropológicas en ella, se me reclamaba la distancia debida con los sujetos de investigación, se cuestionaba si esos sujetos, lesbianas de ciudad, eran realmente sujetos-objetos aprobados por la antropología.

Lo que acabo de escribir puede llamarse autoetnografía poética y estética. La estética, a mi modo de entender, es la experiencia perceptual y sensorial trascendental que nos lleva a construir significados sobre lo bello y lo feo, en resistencia frente al aparato discursivo que estructura la estética desarrollada ideológicamente como el campo de dominio exclusivo de los artistas reconocidos como tal, como agentes encargados de la labor creativa, dentro del campo artístico. La estética supone, de entrada, que las expe-

riencias no mediadas por determinado capital cultural ponderado por la alta cultura no tienen valor.

La autoetnografía es una forma de investigación, de representación y una apuesta escritural que describe y analiza la experiencia personal para comprender la experiencia cultural, un acto político y consciente. La autoetnografía, en todo caso, es desestimada por las ciencias sociales por su “falta de rigor” y sus profusiones estéticas, emocionales e incluso terapéuticas; al mismo tiempo es subvalorada desde los estándares del género autobiográfico como insuficientemente artística (Ellis, Adams y Bochner 2015, 250, 263). Creo que detrás del método etnográfico debe haber siempre una serie de consideraciones políticas, epistemológicas, estéticas, estéticas y ontológicas. Para mí, hacer etnografía es una manera de vivir, de constituirse existencialmente, la etnografía es una agenda óntica, puesta en práctica a partir de experiencias estéticas y estéticas, de posiciones y posturas políticas y epistemológicas.

Una autoetnografía no es lo mismo que una autobiografía, pues su foco no está en un yo protagónico, sino en las posibles conexiones de la historia personal y mínima con las narrativas y experiencias de los demás. Una autoetnografía es un hilo de la urdimbre. El monólogo autoetnográfico que ya presenté, desatado por el video de Kin autómatas, trata de tejer relatos reflexivos en torno a la hipoacusia y a políticas prostéticas, capacitistas y también de la sexualidad, del género, de la clase, de la edad, de la raza y la etnicidad.

Este ejercicio intenta proponer una reflexividad sobre una posible “conciencia opositiva”, una “conciencia cyborg”, “mestiza”, también tentar la imaginación radical, ponerla en el centro de un conocimiento responsable, negociado y parcial, es decir, un conocimiento situado (Haraway [1988] 2016; Stoetzler y Yuval-Davis 2002) construido por los relatos en tensión o, mejor, por la tensión entre los relatos.

Ensayo una oposición a las tecnologías del género (De Lauretis 1996), de la raza, de la clase, del capacitismo, las tecnologías de una “metodología de las oprimidas” (Sandoval [1985] 2004); consiste en oponer al relato de la alta tecnología y el de la baja tecnología.

Mi ejercicio se pregunta por las políticas cyborg propuestas por Donna Haraway, pero sobre todo se acerca a la indignación-imaginación desde la que habla Chela Sandoval, desde nuestras políticas cyborg de resistencia descolonial y milenaria. Mi texto propone una conversación

con la historia de Diana Carolina, de Kin autómatas; esta conversación nos sitúa en lugares muy distintos, se trata de una conversación que no anula la experiencia de la una ni la otra, sino que pone en tensión dos experiencias que se acercan y se distancian como las paredes de un aparato que respira.

Mi relato no tiene rigor, se escapa como el agua por una alcantarilla. Va a dar a lugares no contenidos por la racionalidad de un relato lineal. Así son los relatos de la gente cuando trata(mos) de tejer narrativas etnográficas o historias mínimas. Entonces podríamos decir que aquí presentamos una técnica y proponemos una epistemología alrededor de cómo hacer auto etnografía situada y multimodal. Carolina y yo usamos el medio audiovisual como medio de exploración, ambxs acudimos a nuestra experiencia personal, para hablar de una experiencia humana no solipsista sino colectiva, aunque hay sin duda puntos de contacto y muchas distancias también, no solo en cuanto a lo que decimos, sino en cuanto a cómo representamos y cómo reflexionamos sobre lo que contamos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Anzaldúa, Gloria. [1980] 1987. *Borderlands. La frontera. The New Mestiza*. San Francisco CA: Spinsters, Aunt Lute Book Company.
- Atzori, Paolo y Kirk Woolford. 1995. "Extended-body: Interview with Stelarc". *CTheory* 6: 9-6.
- Brett, Philip, Elizabeth Wood y Gary Thomas, eds. 2006. *Queering the Pitch: The New Gay and Lesbian Musicology*. NY: Routledge.
- Bourdieu, Pierre. 1997. "Espíritu de familia". En *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*, 126-138. Barcelona: Anagrama.
- Ellis, Carolyn, Tony Adams y Arthur Bochner. 2015. "Autoetnografía: un panorama". *Astrolabio*, 14: 249-273. DOI: <https://doi.org/10.55441/1668.7515.n14.11626>
- De Lauretis, Teresa. 1996. "La tecnología del género". *Revista Mora*, 2: 6-34.
- Esguerra-Muelle, Camila. 2002. "Del peccatum mutum al orgullo de ser lesbiana: Grupo Triángulo Negro de Bogotá (1996-1999)". Tesis para optar por el título de antropóloga. Universidad Nacional de Colombia. <https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/60140/30/10/23>
- Haraway, Donna. [1984] 2019. "Manifiesto ciborg. Ciencia, tecnología y feminismo socialista a finales del siglo xx". Editor digital: Titivillus ePub base r2.1

<https://archive.org/details/ciborg/440850798-Haraway-Donna-Manifiesto-Cyborg-39111-r1-1-epub/page/n67/mode/2up> (30/10/23)

- Haraway, Donna. [1988] 2016. "Situated Knowledges: The Science Question in Feminism and the Privilege of Partial Perspective". En *Space, Gender, Knowledge: Feminist Readings*, editado por Linda McDowell y Joanne P. Sharp, 53-72. NY: Routledge. DOI: <https://doi.org/10.4324/9781315824871-6>
- Lescouët, Emmanuelle. 2023. "De la cosy fantasy au hope punk: vers un ralentissement des littératures de l'imaginaire". *Imaginarium* 15. DOI: <https://doi.org/10.58079/q3q6>
- Martínez, Diana. 2021. "Converstirse en Cyborg". [Video] <https://vimeo.com/570340454> (3/09/23)
- McRuer, Robert. [2006] 2021. *Teoría crip: Signos culturales de lo queer y de la discapacidad*. Madrid: Kaótica Libros.
- Peri Rossi, Cristina. 1994. "Condición de Mujer". En *Poesía completa. (Otra vez Eros, 1994)*, 10-11. Barcelona: Editorial Lumen.
- Sandoval, Chela. [1995] 2004. "Nuevas ciencias. Feminismo cyborg y metodología de los oprimidos". En *Otras inapropiables. Feminismos desde las fronteras*, 81-106. Madrid: Traficantes de sueños.
- Stoetzler, Marcel y Nira Yuval-Davis. 2002. "Standpoint Theory, Situated Knowledge and the Situated Imagination". *Feminist Theory* 3, 3: 315-333.
- Viveros, Mara. 2020. "Los colores del antirracismo (en América Latina)". *Sexualidad, Salud y Sociedad-Revista Latinoamericana*, 36, 19-34. DOI: <https://doi.org/10.1590/1984-6487.sess.2020.36.02.a>

<https://doi.org/10.15446/mag.v38n2.115485>

DARSE CUENTA Y SER CYBORG: ESCUCHAR LA CONVERSACIÓN POÉTICO-VISUAL- SONORA DE DOS ARTISTAS

PAULINA AVELLANEDA*

Organización Inclusive Movimiento, Cali, Colombia



*palispaz@gmail.com ORCID: [0000-0001-7759-9347](https://orcid.org/0000-0001-7759-9347)

Curaduría: 30 de marzo de 2024. Aprobado: 20 de mayo de 2024.

Cómo citar este artículo:

Avellaneda, Paulina. 2024. "Darse cuenta y ser cyborg: escuchar la conversación poético-visual-sonora de dos artistas". *Maguaré* 38, 2: 221-225. DOI: <https://doi.org/10.15446/mag.v38n2.115485>

–“Por favor, no me digas secretos por este oído”–, es algo que a veces le indico a la amiga que se sienta a mi lado derecho en el cine o a quien que comparte conmigo la guía de un taller de danza, y ahí se queda, casi nunca pienso en esto, está integrado, para mí es *normal*.

Como el día en el que contesté una llamada tomando el teléfono con la mano derecha, para luego pasarlo a la izquierda y colocarlo en ese oído, como siempre lo hago, por el oído izquierdo, como siempre, todo *normal*. Y entonces, es en esa llamada que recibo la invitación a ver-leer-escuchar-sentir la reflexiones que desde el formato audiovisual y autoetnográfico hacen Diana Carolina Martínez y Camila Esguerra.

Me invitan a escuchar-ver una conversación que inicia con la propuesta del audio-video-ensayo que hace Diana Carolina sobre la experiencia de “convertirse en cyborg” y lo que ha implicado para ella esta hibridación biotecnológica que mejora su capacidad de escucha.

Cuando conozco el origen de la propuesta en la historia de Diana y la respuesta de Camila en sintonía con una condición similar, caigo en cuenta de que yo también he tenido una pérdida auditiva del oído medio desde los 8 años aproximadamente, la mía como consecuencia de varias otitis que terminaron afectando mis dos tímpanos y la audición en ambos oídos, teniendo más pérdida en el oído derecho. Sin embargo, esa parte de mi historia no es algo que tenga muy presente en mi cotidianidad, o de lo que me haya ocupado de manera consciente a pesar de saber que cada día hago adaptaciones como la de contestar el teléfono por el lado izquierdo o conducir con la ventana cerrada porque me abruma el ruido.

Me he adaptado, como lo cuenta Diana Martínez que lo hacía, dirigiendo su oído hacia la fuente sonora, acomodando mi cuerpo en el lugar del espacio que me permite la escucha; sin embargo, me parece curioso lo que ella señala en relación con ese ajuste, pues pensaba, en aquel entonces, que era algo que todos y todas hacíamos.

Esto me hace volver a una reflexión que he tenido por años en distintos escenarios dándole vueltas a la pregunta por la experiencia del otro, cómo es la construcción de la realidad de alguien con otras capacidades o experiencias vitales. Recuerdo que dentro de una clase de dirección de arte cuando hablé con el grupo sobre la sinestesia (condición relacionada con la percepción desde otros sentidos sobre un estímulo sensorial), un estudiante se quedó haciéndome preguntas, pues al parecer ese día

se dio cuenta de que su manera de ver el mundo se parecía a lo que yo describía como una condición especial. También me lo pregunté cuando tuve la experiencia de desarrollar un proyecto como estudiante con niñas y niños sordos-ciegos en el que quisimos diseñar un dispositivo que les permitiera el aprendizaje espacial. Me hacía pensar sobre lo subjetivo de la realidad individual provocada por la percepción que tenemos del mundo y la imposibilidad de llegar a conocer realmente la realidad del otro o la otra, su experiencia vital.

También reflexioné sobre lo que sucede al ser descubierta, al darse cuenta, como le sucedió al estudiante en mi clase y a Diana cuando era pequeña. Ella obtuvo un diagnóstico que cambió la percepción de quién era y creó una nueva identidad a partir de una clasificación que no se elige; como sí lo hace ahora desde cuando decidió realizarse un implante coclear y debe reaprender a escuchar y reaprender a experimentar el mundo mientras construye una nueva identidad.

Y entonces me hace pensar en lo contundente que es la palabra, el gesto, el dictamen de alguien que sabe, como cuando una persona adulta o docente señala a un niño o niña eso que no tiene o tiene de más, lo que lo o la hace diferente y se sale de la norma. Por eso lo incómodo de quedar en evidencia, de tener que explicar, como lo cuentan Diana y Camila. Esto ha llevado a cada una a encontrar mecanismos que permiten transitar la vida una vez parece, según el sistema, que hay algo sospechoso en cada una, que falta o que falla.

De allí la rebeldía de crear una nueva identidad, como también lo plantea Camila Esguerra, ampliando la reflexión más allá de las posibilidades híbridas y poshumanas de lo cyborg, para cuestionar los binarismos desde lo que ha planteado Donna Haraway en relación con la identidad como construcción social, al proponer el imaginario de lo cyborg. Desde ese lugar y mediante la “metodología de los oprimidos”, como señala Esguerra, surge una consciencia política que cuestiona el sistema heteronormativo, capitalista y colonial que ha segregado y excluido a quienes considera no funcionales al sistema.

Esguerra relata cómo, en su experiencia, la hipoacusia también fue una pérdida que ella puede recordar y que señala como el “Arte de perder”, lo cual rescato en la reflexión acerca del alcance del proyecto de diseño. Este proyecto desarrollado en aquel entonces como estudiante, además de ser un reto para comprender otra manera de estar en el mundo,

me hacía pensar en las motivaciones existenciales y vitales que esta población a su temprana edad tenía para moverse y comunicarse, ya que en algunos casos al nacer, no se había desarrollado uno de los sentidos (auditivo o visual) y más adelante perdían el otro, lo cual era determinante en la construcción y relación con el entorno. Consideré desde ese entonces, quizás para descomplejizar mi emoción por el proyecto, que no podría añorar algo que desconozco, que no sé que existe, como ver en duotono, el sabor a lakris o las noches con luz de sol..., aunque todas estas posibilidades ya existen porque las puedo nombrar.

Para mí, la experiencia de la pérdida auditiva realmente no significaba el dejar la *normalidad*, pues yo nací con una anomalía en el desarrollo físico y funcional de mi paladar, sabiéndome y viéndome diferente a la mayoría. Entonces la experiencia del caer en cuenta, para mí, sucedía con la mirada del otro, del exterior que busca, que se pregunta, pero disimula. Sobre todo, al crecer, pues parece que hay que hacer como si no pasara nada, pero pasa; no puedo pasar desapercibida y es lo que me devuelve al por qué la diferencia incomoda y nos atemoriza, devolviéndonos la mirada por lo que no somos. De allí la necesidad de responder creativamente, de contestarnos y contestar esto que la mirada busca comprender, hacerlo con el arte, creando nuevas identidades, otros gestos y otras maneras de relacionarnos.

Camila y Diana se vuelven unas maestras de la escucha; Diana Kin Autómata, como profesional en el campo del sonido y la imagen, y Camila “Ar tu ri to”, como etnógrafa y experta en la escucha musical proponiendo desde sus lugares de enunciación otras maneras de ver el mundo y otras estéticas que posibilitan y validan lo raro, lo anormal y hallan potencia en la pérdida, en el “arte de perder”.

Mi apuesta ha sido llevar estas preguntas al campo de la creación y la pedagogía con la danza inclusiva, he querido encontrarme desde el movimiento con esos mundos otros, intentando crear otras maneras de relacionarnos que se antepongan a las etiquetas y nos permitan descubrirnos en los encuentros sin querer o pretender cambiar algo del otro. Eso, por supuesto, requiere otra estética y otras prácticas, quizás más complejas, inciertas y menos escénicas, pero más reales y afectivas, algo que me parece importante rescatar, el valor del encuentro que la danza permite.

Nos encuentro a las tres trazando senderos similares con relación a valorar otras maneras de ser y estar en el mundo, a cuestionar e incomodar un sistema que excluye a quienes no encajan en el molde establecido. A Diana, proponiendo la composición sonora y visual desde el hopepunk como un viraje a la noción de la deficiencia, al que Camila responde con un poema que le permite crear una danza en donde vuela, se vuela, y gira en imágenes que se transforman audiovisuales para ir al suelo, retomar y reorganizarse en un texto en que aterriza su pensamiento.

Sus experiencias poético-sonoro-visuales me dejan pensando en lo importante y significativo que es darle voz, imagen o palabra a la experiencia, para develar algo y permitirle que exista, para intentar conocer y compartir esa realidad del otro o su real ficción, para darse cuenta, para caer en cuenta, para crear e imaginar otros mundos posibles, más cyborgs, más humanos, más “hopepunk”.